

EL EFECTO DE COBALT PARK

por Marc Tinent

Cualquiera de los ciudadanos de Olville sabe perfectamente que no tiene que acercarse a Cobalt Park entre las diez y las diez y media de la noche si no quiere que le pasen cosas raras. En una ocasión, al peluquero John Augustine DeClaire se le quedó en blanco el libro que estaba leyendo, lo cual fue una tremenda desgracia porque solo le faltaban cinco páginas para terminarlo. En otra, Missy D. Masterson empezó a oír la música del camión de los helados, y no dejó de oírla hasta pasadas cuatro semanas y doce horas, momento en que su perro Chip se quedó calvo de golpe. El anciano jugador de póquer Norbert Savovsky adquirió el don de la clarividencia y además dejó de comprar ropa interior de hombre para comprar exclusivamente lencería femenina. Hay quien dice que esto no tiene nada que ver con el efecto de Cobalt Park, pero el señor Savovsky es un hombre como los de antes, y si no fuese por el parque nunca jamás se le ocurriría comprar lencería de satén pudiendo elegir la franela.

Los efectos de los treinta minutos del misterio de Cobalt Park cambian cada día, pero en la mayoría de ocasiones los habitantes de Olville se quedan sin saber cuáles han sido, porque son lo bastante precavidos como para estar a cuantos kilómetros se pueda de distancia.

Desafortunadamente, los pilotos del vuelo J391 con destino Los Ángeles desconocían la existencia de Cobalt Park, y lo sobrevolaron entre las diez y las diez y media de un martes de mayo. Todos los pasajeros del vuelo J391 con destino Los Ángeles perdieron al instante la capacidad de dibujar narices. La mayoría de ellos ni se enteró, porque esta no es, en efecto, una habilidad que se ponga muy en práctica si eres, digamos, contable, corredor de apuestas o apicultor. Claro que si eres el dibujante principal de Badman, como era el caso de Terry Neptune, puede suponerte un problema significativo.

Debido a una de aquellas jugarretas tan entrañables con los husos horarios, Terry Neptune se dio cuenta de lo que le había sucedido una hora antes de que oficialmente le hubiese pasado.

Tardó diez minutos en reconocer a su chofer en cuanto llegó al aeropuerto de Los Ángeles, básicamente porque iba vestido con el uniforme de baloncesto de los Lakers, a cuyo partido tenía intención de asistir justo en cuanto dejase a Neptune en el hotel que le pagaba la Convención de Cómics, y también porque en el trozo de cartón en el que tendría que reconocer su nombre había apuntado *Perry Nocturne*. El chofer, un tipo negro y barrigón, le llevó hasta el taxi.

–Usted es el de Badman, ¿no? Me lo ha dicho mi chaval. Le encanta cómo dibuja. Se pasa el día pintarrajeando libretas. Dice que va a dejarle sin trabajo en cuanto sea mayor.

–Qué encanto –respondió Terry, que ante todo era un hombre pacífico, a quien no le gustaba decepcionar a los demás, aunque con su aspecto alto y desgarrado no lo pareciese.

–Márquese un dibujito, venga, hombre, para el chaval.

–Es que no tengo material y...

–¡Use el cartón, hombre! –le dijo, tirándoselo al asiento trasero–. Tenga, un boli.

A desgana, pero preparándose para lo que se le echaba encima en la convención, Terry esbozó un Badman con el boli, sacó un rotulador de la mochila, lo repasó, pidió el nombre del hijo del chofer para dedicarle el cartón (en lugares más raros había firmado, siendo los tres más extraños una tapa de retrete, la barriga de un perro y la calva de un hombre que se levantó el bisoñé para que le firmasen la cabeza), y le entregó el dibujo al taxista.

–Pues no lo tendrá muy difícil para superarle, ¿eh? –dijo este al verlo–. Acábemelo, al menos, hombre de dios.

–Ya está acabado –murmuró Terry.

–Pero si no le ha dibujado la nariz. Mire, si no quiere no lo haga, pero tampoco sea antipático.

El chofer se quedó en silencio durante el resto del viaje. Terry miró el trozo de cartón extrañado. Era cierto, a su Badman le faltaba la nariz. Pero él creía haberla dibujado. ¿Cómo se iba a dejar eso?

Durante las seis horas en las que Terry Neptune estuvo sentado en el stand que le habían preparado en la convención al día siguiente, ni uno solo de los dibujos que hizo para sus fans tuvo nariz. A pesar de que él creyese haberlos terminado. Las impresiones oscilaron entre la molestia y el odio, porque los fans del mundo del cómic americano son especialmente susceptibles. Un tipo que se llamaba Manuel Jackson se alegró, porque creyó que era rentable tener un dibujo del día en el que a Terry Neptune se le fue la olla. Claro que cuando compites con casi cien personas en Ebay con un producto tan similar al tuyo, la cosa deja de ser exclusiva.

El editor de Terry, Jim Rossitano, un judío bajito con desmedidas entradas en el cuero cabelludo que se había cambiado el apellido para sonar más agresivo, no entendía a santo de qué un hombre de trato tan fácil como Terry se había decidido a molestar a todos sus fans de golpe:

–¡En este negocio tu puesto depende de ellos! ¡No puedes ponértelos en contra!

–¡Que yo no he hecho nada! Es solo que... no me salen. No soy capaz de dibujarlas, Jim, en serio.

–No eres capaz de dejar de sudar cuando corres, ¿pero de dibujar al puto Badman? Llevas años haciéndolo. Así que déjate de mariconadas, Terry, y céntrate un poco. Si estás estresado, busca a una amante que te relaje, o tómate un Xanax o algo. Pero la semana que viene tienes que acabar el Annual, así que no me vengas con más Badmans chatos, ¿quieres?

Por supuesto, al terminar la semana siguiente, Jim Rossitano recibió las páginas correspondientes al Annual de Badman sin una sola napia, ni tan solo la del característico villano El Payaso, que era tan fácil de hacer como pintar un círculo rojo en medio de su cara.

Durante meses, entre entintadores y coloristas de la editorial solventaron el hecho de que los dibujos de Terry estuviesen incompletos. Nadie comprendía qué le había dado ahora con no querer hacer los personajes enteros, y él insistía en que no se percataba de ello hasta que alguien se lo decía.

En la fiesta de Nochevieja de la editorial, Greg Apache, uno de sus mayores rivales, a quien Terry le había quitado el puesto en el mismo momento en el que Apache le había quitado el puesto a él en las colecciones de WaterMan y Speedo respectivamente, se le acercó, copa de champán en mano:

–Veo lo que estás haciendo, Neptune –dijo, sin mirarle–. ¡Claro que sí! Nos controlan demasiado desde la editorial, están matando la libertad creativa. ¡Revolución! ¡Dejemos de dibujar lo que nos piden para hacerlo a nuestro modo! Eres un maestro, colega.

Y, dicho esto, le dio una palmada en el hombro con sus fuertes manazas de motero y se fue a tontear con la mujer florero de uno de los ejecutivos de la compañía. Claro que en realidad el florero era su marido y despidieron a Apache tres días más tarde, pero eso él no lo sabía todavía.

Ni siquiera la mujer de Terry Neptune creía que aquello fuese real. Varios doctores le hicieron todos los tests habidos y por haber, sin llegar a ninguna conclusión. Terry, a efectos prácticos, estaba bien. Si no dibujaba narices era porque no quería, y no había más cuestión que esa.

Total, que como es de suponer, la mujer de Terry se largó de casa porque su marido no quería contarle por qué razón desafiaba tan abiertamente a la editorial, y le dejó solo y desconcertado. Y con el fregadero lleno de platos sucios de una cena que había organizado la noche anterior con unos amigos para ver si conseguía animarle.

Tocó fondo justo seis meses después del día que comprase los billetes para el vuelo J391 con destino Los Ángeles, porque estas cosas acostumbran a resultar matemáticamente coincidentes. En cuanto le despidieron, volvió a su casa para empacar y marcharse sin mirar atrás.

Se encontró con Jim Rossitano, su editor, sentado en el escalón de su puerta. Se saludaron muy efusivamente:

–Jim.

–Terry.

Entraron. Terry se puso a hacer la maleta.

–¿Te largas? –preguntó Rossitano.

–Voy a encontrarme a mí mismo.

–Sabes que las historias de encontrarte a ti mismo acostumbran a ser un pufo, ¿verdad?

–Tío, es mi vida. No vas a editar esto también.

–En realidad, *tío*, no voy a editar nada durante una temporada –dijo Rossitano mientras cogía un yogur de la nevera y comprobaba la caducidad

antes de tirarlo a la basura y coger un bote de manteca de cacahuete y una cuchara.

–¿Te han largado como a mí? –preguntó Terry, sorprendido–. Pero si eres un editor de narices. Perdón.

–Me has largado tú, genio. Tengo un contrato en exclusiva contigo para los próximos cuatro años. Blindadísimo. Y sin ninguna cláusula que diga que si a ti te dan puerta, a mí me reasignan –se encogió de hombros–. Hasta que no vuelvas a trabajar, seguiré en el paro. Así que sí, voy a editar tu vida, ahora que lo pienso.

El plan de Terry Neptune consistía en viajar una temporada haciendo autostop por todo el condado, cruzando estado tras estado. Afortunadamente para ellos, Rossitano tenía un monovolumen plateado, así que se ahorraron bastantes noches a la intemperie y bastantes momentos incómodos de conocer a camioneros que pareciesen simpáticos pero que después quisiesen acabar con sus vidas o llevarse todo su dinero a cambio de haberles llevado hasta la siguiente estación de servicio.

Sin embargo, Terry era demasiado indeciso para decantarse por una ruta u otra, y tanto le daba ir a Las Vegas o a Washington. Refunfuñando, como siempre, Rossitano tomó la decisión. Y ya que le tocaba a él pagar la gasolina y, especialmente, comerse horas y horas de conducción, optó por ir hacia Maine. Tenía un adosado que había conseguido salvar durante su divorcio al que solo iba cuando necesitaba alejarse de la Gran Manzana. Y si había un momento en el que necesitase estar más lejos de Nueva York que aquel, Rossitano no era capaz de imaginarlo. Puede que no necesitase exactamente estar allí con Terry Neptune, pero, eh, no le pidas peras al olmo.

El viaje fue un suplicio. Terry estaba obsesionado en cambiar su forma de hacer las cosas, así que no quería escuchar las noticias, ni los mejores hits de música country, ni tan solo a Bruce Springsteen, porque todo eso es lo que hubiese escuchado el antiguo Terry Neptune. El nuevo quería probar cosas nuevas. Así que estuvieron casi ocho horas cambiando el dial entre música techno, debates de economía y un inquietante programa en el que la gente llamaba contando qué electrodoméstico se le había roto y una especie de McGyver radiofónico les indicaba cómo arreglarlo.

A lo largo del primer mes en el adosado de Maine, Rossitano estuvo a punto de asesinar a Terry cuatro veces:

La primera fue cuando, en un ataque de rabia, el dibujante pintó un borrón negro en todas las narices de todas las fotos que estuviesen a la vista en la casa. Y, teniendo en cuenta que Rossitano coleccionaba periódicos antiguos, esto significó borrones en la cara de varios Kennedy que devaluaron significativamente el precio de sus preciados periódicos de reliquia.

La segunda fue cuando la policía trajo a Terry envuelto en una sábana. Según parecía, había decidido que quizá su nuevo yo era capaz de dibujar a gente con nariz si lo hacía en pelota picada en el centro comercial. Rossitano dudó un momento acerca de quién se estaba volviendo más loco, si su compañero o él. Decidió que su compañero, pero que él alegaría enajenación transitoria si se le iba la mano.

La tercera fue fácil: Terry se cargó casi toda la vajilla al chocar con la vitrina hacia las tres y cuarenta y siete de la madrugada. Tras una bronca monumental, Terry supuso que tendría que haberle contado a su editor que era sonámbulo.

La cuarta vez fue cuando Rossitano se encontró a un anciano desconocido fumándose sus puros buenos en el salón. Iba a echarle a patadas cuando Terry le frenó:

–¡Jim! ¡Que es el señor Burton!

–¡Por mí como si es Obama! ¡Esos son mis puros!

–¡Es el único que sabe cómo ayudarme!

Rossitano se detuvo. Miró al viejo, vestido con una chaqueta de punto y oculto tras un espeso bigote. No tenía pinta de salvador ni por asomo. El anciano le sonrió, enseñándole una dentadura postiza de un blanco polar que iluminó medio salón. El editor suspiró, rindiéndose:

–Cuéntame. Mientras tus argumentos no incluyan ningún hombre desnudo en un centro comercial, sobreviviré.

–Ayer por la mañana –empezó Terry– fui a la tienda de cómics. No había pisado una desde que me despidieron.

–Muy bien, progresas adecuadamente, ¿cuándo llega la historia a un octogenario en mi sofá? Con el debido respeto, señor.

–El caso es que estando allí encontré... esto.

Terry le pasó un cómic en grapa de colores llamativos. En la portada, bajo el llamativo título de "Noses Malone", con guión de Benjamin Burton, aparecía un tipo negro con una inmensa nariz disparando un rayo cósmico a una nave espacial. Más por defecto de profesión que por interés, Rossitano lo ojeó. En el volumen, el tal Malone se enfrentaba a una raza alienígena que había venido a la tierra para apoderarse de todas las narices humanas. No le pareció ninguna maravilla. Los ojos de Terry hacían chiribitas.

–¿No es genial?

–Regulero.

–¡Oiga! –protestó el tal Burton.

–Soy editor, señor, hágame caso –le espetó Rossitano y se volvió hacia Terry–. ¿Por qué es tan importante?

–El protagonista es un hombre que cree que la nariz es por donde el cuerpo se conecta al alma. Por donde entra el aire que te da vida. He pensado que quizá tuviese razón, así que contacté con aquí el autor para averiguar más acerca de esta teoría suya.

–Terry, es un cómic humorístico. Una chorrada.

–Sigo aquí, ¿recuerda? –se quejó Burton.

–Ya, claro. Pero resulta que lo que me dijo no es tanta chorrada... –siguió el dibujante– Resulta que esta teoría no se la inventó él. ¿Has oído hablar de los rinócratas?

–Claro, ¿cómo no voy a haber oído hablar de ellos?

–No sea usted cínico –dijo el viejo Burton–. Resulta que antes de la época de los Conquistadores, en mesoamérica existía una tribu conocida como los rinócratas.

–Los mayas, los incas, los aztecas y los rinócratas. De toda la vida, sí.

–¡Deje ya de burlarse! –siguió el anciano–. Aquí donde me ve, en mi juventud trabajé en la marina mercante, y a base de visitar puertos uno se acaba enterando de historias de todo tipo. Se dice que era una tribu que veneraba su conexión con el universo por vía de su respiración. Seguían una dieta a base de hierbas aromáticas y se trenzaban el pelo como la trompa de un oso hormiguero. No elegían a sus líderes porque fuesen los más viejos, ni los más sabios, sino que eran los que tenían la nariz más grande. Si alguien puede saber cómo has perdido tu habilidad, son ellos.

–Genial –Rossitano puso los ojos en blanco–. ¿Contratamos a un chamán para que te arregle, pues?

–No hay chamanes rinócratas –aclaró Burton–. De hecho toda la tribu se extinguió hace quinientos años.

–Pero nos queda una oportunidad –dijo Terry con aquel preocupante brillo en los ojos–. Cuenta la leyenda que en lo más profundo del último de sus templos, en medio de la selva, se oculta un tesoro capaz de ponerte en contacto con la Diosa a la que veneraban.

–¿O sea, que nos vamos de viaje a la otra punta del continente?

–Exacto.

–Casi hubiese preferido que te hubieses vuelto a desnudar delante de unas cuantas mujeres de mediana edad –murmuró Rossitano, robándole el puro al viejo Burton a media calada.

El Templo de los Rinócratas estaba cerca del poblado de Texocatocaloxacoatl. Según averiguaron en las inmediaciones, gracias a que Terry hablaba un poco de español, casi nadie sabía mucho de ellos, a parte de que se hubiesen extinguido. Los vecinos estaban muy contentos, por algo que él no alcanzó a comprender. Supusieron que era porque los rinócratas eran intensos amantes de las fiestas hasta muy entrada la noche, y los conciertos en aquella zona no eran muy bien recibidos.

Ataviados con lo más parecido que encontraron a un disfraz de Indiana Jones, editor y dibujante se adentraron en la misteriosa selva texocatocaloxacoatlénica. Siguieron las indicaciones del mapa que les vendieron en el punto para turistas del pueblo y llegaron hasta el Templo (Perdido, más de lo que indicaba la guía) de los Rinócratas. Era una edificación portentosa, cuya entrada tenía forma de cabeza de mono narigudo, por cuyos orificios nasales

emergía un humo espeso, como si de dos extrañas chimeneas se tratase. Era, sin duda, la primera cabeza de mono más grande que habían visto en sus vidas.

Terry se quedó perplejo por lo espectacular de la escena. Rossitano dio libreta y carboncillo a su socio, confiando en que la profunda experiencia estética le hubiese curado. Tras cuatro o cinco trazos, Terry se detuvo, miró a la lejanía de nuevo y dio su dibujo a Rossitano. El templo no tenía chimenea. No había servido para nada.

Cruzando la maleza que cubría la entrada, que por supuesto eran los descomunales orificios nasales de la descomunal cabeza de mono, se vieron en una sala completamente oscura. Rossitano sacó una linterna, pero Terry se la quitó y la apagó.

–¿Qué haces, tío?

–¡Lo haremos a mi manera! –dijo Terry, sacando un mechero y encendiendo una de las antorchas que estaban perfectamente dispuestas para cualquier visitante entrometido que se colase en el templo–. Es mi búsqueda, mi responsabilidad, así que mis reglas.

–Genial. En cuanto caigas en una trampa llena de estacas de madera porque no tenías suficiente luz para ver el resorte que has pisado, ¿puedo encender mi linterna para salvar mi pellejo? ¿O aunque hayas quedado hecho una brocheta sigue siendo tu búsqueda?

Terry Neptune tardó un segundo en tirar la antorcha a un lado y sacar su linterna.

Lo cierto es que el templo fue ligeramente decepcionante. No hubo ninguna bola de piedra gigante que les persiguiese por los pasillos, ni ninguna sala llena de baldosas que al pisarlas activasen cerbatanas automáticas de proyectiles venenosos, ni ningún cáliz de madera que les permitiese seguir vivos

eternamente. Sin embargo, la multitud de cabezas esculpidas de animales narigudos que había por todos los pasillos les resultaban tremendamente inquietantes. Se sentían observados. Les parecía oír pasos tras ellos. Una vez, a Terry le pareció oír como alguien tosía. Más tarde, en el momento en el que Rossitano estornudó, le pareció notar que una voz no muy lejos de allí decía "¡Salud!".

Lo único que hicieron fue deambular por los laberínticos pasillos durante horas, intentando interpretar lo que estaban haciendo. Pasaron cuatro veces al lado de un fresco de un rinoceronte bailón. La cuarta vez que llegaron allí, pararon para comer unos bocadillos y Rossitano le dio la libreta otra vez a Terry:

–No voy a dibujar más personajes, estoy harto. ¡No sirve de nada! – protestó este, molesto.

–No seas idiota. Haz un plano. Sé que estas cosas se te dan bien. Dibuja más o menos lo que hemos ido andando.

Terry le miró, incrédulo, pero cogió el boli y se puso a hacer un esbozo de lo que creía que eran los pasillos. A la que hubo terminado, quedó bastante claro. La estructura del templo tenía forma de nariz, por supuesto, y habían ido yendo de un lado a otro. Habían rodeado el centro del templo como unos idiotas.

Fueron directos hacia allí, y en menos de una hora tropezaron con una sala iluminada por el ligero fulgor de la lava ardiente, que evidentemente rodeaba una tarima donde yacía una inmensa napia de oro con incrustaciones de gigantescas esmeraldas en las cavidades nasales. La Nariz Sagrada de la Diosa.

El camino hasta aquella desproporcionada joya era poco más que un montón de rocas en el pantano de lava.

–¿Quién diablos ha diseñado esto?! –gritó Terry, aterrado– ¿Se supone que tengo que llegar hasta allí?!

–Eso me temo –dijo Rossitano.

–Ve tú.

–Eh, eh. Tu búsqueda, tus reglas, tu responsabilidad.

–Llevas horas guardándote esta, ¿verdad?

–No sabes cuánto.

Terry puso pie en la primera roca. Nada sucedió. Cuando iba a saltar hacia la segunda, vio que tenía varias opciones. Se giró hacia su editor, que se encogió de hombros.

–¡Somos un equipo! –masculló Terry– ¡Yo he resuelto el asunto del laberinto! ¡Ahora te toca a ti resolver esto!

–¡A mí qué me cuentas!

–¿Pero cuál elijo?!

–¡Pues la que parezca más segura, melón! ¡¿Cuál vas a elegir sino?!

Terry cogió impulso para saltar hacia la que estaba menos quebrada y, justo antes de hacerlo, Jim Rossitano tuvo una iluminación. Los nervios se le habían acumulado en el estómago, y estaba aguantándose los gases. Esto le dio una brillante idea.

–¡Espérate, atontado! ¡Tienes que ver como huelen! –le gritó a su socio. Terry frenó de golpe.

–¿Qué tontería es esa?!

–Huele las piedras. La que huela mejor o peor o por lo menos la que huela más es el camino a seguir. ¡Esta gente son unos frikis de las narices, la cosa tiene que ir por ahí!

–¡Mire, perdone, un respeto! –dijo una voz detrás de él.

En cuestión de segundos, una tribu entera apareció por el pasillo. Vestían poco más que taparrabos y llevaban cortes de pelo a lo tazón, algo que nunca pasa de moda entre las tribus mesoamericanas. Iban armados con lanzas y arcos,

algo ligeramente primitivo para el gusto de Terry Neptune, pero excesivamente mortal, especialmente si tu objetivo es salir con vida de la situación.

–¿Qué hacéis en nuestro templo?

–Déjame adivinar –dijo Terry–. ¿Los rinócratas no están tan extintos como se creía?

–Habéis venido a robarnos la Nariz Sagrada de la Diosa –afirmó el que parecía el líder–. Eso está feo.

–En realidad nos da igual la Tocha Sagrada, solo queremos curar a mi amigo de... –empezó Rossitano, pero tuvo que dejar de hablar cuando una flecha pasó silbando muy cerca de su oreja– ¡Ey! ¡Lo que sí está feo es interrumpir a la gente mientras está hablando!

Uno de los rinócratas sacó un cuchillo. Bastante grande, en realidad.

–Miren, no queríamos molestar a nadie, creíamos que estaban extintos, sino hubiésemos llamado –intentó explicar el editor, incómodo.

–No, solo se extinguieron los veganos –dijo el líder.

–¿Qué veganos? –preguntó Terry.

–Los de la rama vegana de los rinócratas. Que se alimentaban de hierbas aromáticas y cosas así –explicó el líder.

–Ah, muy bien. ¿Y esto le convierte a ustedes en...?

–En carnívoros.

–Ah, interesante. Déjeme adivinar: ¿se alimentan a base de narices? –aventuró Rossitano.

–Humanas, más concretamente –aclaró uno de los rinócratas.

–Muy bien, gracias por esta información adicional –Rossitano se giró hacia Terry, tranquilo– ¡¡Corre por tu vida!!

Y, dicho lo cual, saltó hacia las piedras del camino de lava. Terry comenzó a correr de piedra en piedra, intentando adivinar en cuestión de instantes cuál era

el camino más apestoso. Sorprendentemente, y sobre todo porque sino su heroica epopeya acabaría de un modo excesivamente abrupto, acertó en todos los casos.

Llegaron a la plataforma donde se encontraba la Nariz Sagrada de la Diosa.

–¡Corre, tócala! –ordenó Rossitano– ¡Cúrate!

Terry Neptune obedeció a su editor, como hacía normalmente, y abrazó la reliquia con toda su alma.

Hubiese sido perfecto que un halo de luz envolviese a la pareja, devolviendo a Terry la habilidad de dibujar y les teletransportase mágicamente hasta el exterior del templo. O hasta casa, ya que estaban. En vez de eso, lo que les rodeó fueron los rinócratas.

–¿Pero qué hacéis, raritos? –dijo el líder.

–¡Dejadnos en paz! –gritó Terry, harto– ¡Solo quiero poder volver a dibujar de nuevo!

Los rinócratas le miraron extrañados.

–¿Pero qué dices? ¿Qué tendrá eso que ver con una joya de oro macizo?

–Desde hace unos meses soy incapaz de dibujar la nariz de un solo personaje. Pero parece que sé dibujar mapas –admitió Terry–. Pensé que quizás aquí encontraríamos la respuesta para volver a estar en contacto con mi nariz interior y llegar al Nirvana Nasal o algo.

–A tomar por el saco, yo tengo hambre –dijo uno de los rinócratas.

–¡Detente! –le ordenó su jefe– ¿Te sucedió de repente? ¿Te sucedió algo absolutamente misterioso y aleatorio porque sí?

–Exacto.

–Tú no estarías cerca de Olville, ¿verdad? –preguntó el jefe– ¿Cuándo te sucedió eso?

–No sé, en cuanto llegué a Los Ángeles después de un viaje de avión la noche antes de una convención –respondió Terry, sorprendido.

–¿Desde dónde? ¿Nueva York? –el jefe estaba ansioso. Terry asintió– ¡Tú has sufrido el efecto de Cobalt Park!

Todos los presentes se quedaron perplejos. Jim Rossitano apartó la lanza que apuntaba a su garganta y se acercó al rinócrata:

–¿Y cómo sabes tú lo que puede haberle sucedido en función de por dónde pasase el avión?

–Resulta que, a parte del líder de un culto supuestamente extinto, señorito, soy Doctor en Parapsicología por la Universidad de Michigan. Hice mi tesis doctoral sobre el efecto de Cobalt Park, en Olville. Y esto tiene toda la pinta de tener que ver con eso.

–¿No es un poco demasiado apropiado que estemos perdidos en medio de la selva y que justo el tipo que nos ataca sea un experto que puede solucionar nuestro problema? –se quejó Rossitano.

–Si lo prefieres, me callo y te quedas sin solución, a mi me da igual. Tengo hambre.

–Estaremos encantados de escucharte, amigo mío –concluyó el editor.

Unos días más tarde, hacia las nueve de la noche, Terry Neptune y Jim Rossitano, afeitados, con traje y cargando una gigantesca bolsa de deporte, entraron en la bonita ciudad de Olville. En la bolsa de deporte llevaban la Nariz Sagrada de la Diosa. Willie, el jefe de los rinócratas les había permitido llevársela, porque en su opinión, si ofrecías tu mayor tesoro a Cobalt Park, podías revertir sus misteriosos efectos. No era una teoría probada, pero en opinión de los rinócratas, si con una nariz de metro y medio de oro macizo y esmeraldas no

puedes comprar la magia de un parque en Estados Unidos, no habrá nada que pueda comprarla.

Cruzaron el parque de cabo a rabo, buscando algún vagabundo que fuese la representación antropomórfica del Parque y les proporcionase la solución definitiva. No encontraron a nadie.

Al cabo de un rato, hartos de cargar con la Nariz Sagrada de la Diosa, se sentaron en un banco cerca de la fuente.

–No vamos a conseguirlo –dijo Terry, abatido.

–¡Tenemos que hacerlo! ¡Tienes la cartera casi vacía, no podemos comprar comida y yo no puedo vivir mucho tiempo sin comer!

Terry se fijó en la fuente.

–Jim, tranquilízate. Todo irá bien.

–Pero si hace unos segundos has dicho que no íbamos a conseguirlo.

–Pero hace unos segundos no me había fijado en que la fuente de Cobalt Park tiene forma de esfinge.

–¿Y qué importa eso? –se quejó Rossitano.

–¿Qué les falta a las esfinges?

–La... ¿nariz?

–¿Y qué tenemos en una bolsa de deporte? Apuesto a que Cobalt Park nos recompensará si arreglamos la esfinge desfigurada con nuestra Napia de Oro.

Emocionados, a la par que esperanzados, dibujante y editor fueron hasta la esfinge y, con paciencia y mucha cinta adhesiva, fueron capaces de pegar la Nariz Sagrada de la Diosa en la fuente.

En el preciso instante en el que lo hicieron, el reloj marcó las diez en punto. Desde el ayuntamiento sonaron las campanas, avisando a toda la población de que se alejase de Cobalt Park si no lo había hecho ya.

Pero ni Terry Neptune ni Jim Rossitano oyeron las campanas. Un cantábile hermoso y celestial resonó en a su alrededor, como si hubiesen ganado el jackpot de una máquina tragaperras, mientras un halo luminoso esta vez sí les envolvió, levantándoles un palmo del suelo antes de dejarles caer de espaldas dentro de la fuente.

Terry salió del agua a toda prisa, notándose distinto. Fue hasta la bolsa de deporte, cogió papel y lápiz y dibujó a toda velocidad el Badman más simple que hubiese hecho en su vida. Se acercó rápidamente a Rossitano, que se escurría la chaqueta sin haber salido todavía de la fuente.

–¿Qué tal? –preguntó Terry ansioso–. ¿Cómo lo ves? ¿Tiene?

Jim Rossitano respiró hondo durante unos segundos antes de responder.

–Terry, escúchame, y hazlo muy atentamente. Este Badman... tiene nariz. Sí.

Terry hubiese saltado de alegría si no fuese porque el tono de Rossitano no auguraba buenas noticias.

–¿Pero?

–Pero creo que has perdido la capacidad de dibujar.

La noticia golpeó a Terry Neptune como un mazazo. No podía ser. No podía acabar todo así. ¿Qué mierda era aquella?

–Y coges el lápiz muy raro –añadió Rossitano.

Terry se miró la mano. Realmente estaba sujetando el lápiz de una manera muy extraña. Con delicadeza, lo cogió con la mano izquierda para ponérselo bien, y se dio cuenta de que en esta mano casaba a la perfección, como si siempre hubiese sido zurdo. Le robó la hoja a Rossitano.

Dibujó otro Badman a toda velocidad, usando la mano izquierda.

–¿Tiene nariz?! –preguntó, ansioso.

–Creo, Terry Neptune, que podemos sacar dos conclusiones de todo esto. La primera... es que sí, ya vuelves a saber dibujar narices.

–¿Y la segunda?

–Que creo que ahora eres zurdo, porque este Badman es perfecto.

Terry le tiró el lápiz, haciéndose el molesto, riendo. Jim Rossitano lo cogió, por acto reflejo, con la mano izquierda.

Los efectos de los treinta minutos del misterio de Cobalt Park cambian cada día, pero en la mayoría de ocasiones los habitantes de Olville se quedan sin saber cuáles han sido, porque son lo bastante precavidos como para estar a cuantos kilómetros se pueda de distancia. Aquella noche, sin embargo, hubo dos personas que descubrieron tres características de los efectos de Cobalt Park.

La primera era que si más de una persona se encontraba allí en un mismo día, el efecto era idéntico para todos.

La segunda era que en aquel día concreto de aquel mes concreto de aquel año concreto, cualquier persona que estuviese en Cobalt Park entre las diez y las diez y media de la noche pasaba a ser zurda.

La tercera era que nadie puede acumular más de un efecto misterioso de Cobalt Park a la vez.

Claro que puede que algo tuviese que ver el hecho de que pusieran una enorme nariz de oro y piedras preciosas en una estatua de una fuente en un parque cualquiera de una ciudad cualquiera de un país cualquiera de un planeta cualquiera.

Aunque teniendo en cuenta que, al día siguiente, el viejo Norbert Savovsky robó la Nariz Sagrada de la Diosa, la vendió en el mercado negro para conseguir un montón de dinero para comprar ropa interior de satén, y que a Jim

Rossitano y a Terry Neptune no les pasó absolutamente nada, lo más probable es que no tuviese nada que ver.

Por si acaso, jamás volvieron para confirmar que siguiese allí.